

JUANITA

Jorge Villamil Rivas / Facultad de Comercio y Administración

Serían aproximadamente las tres de la madrugada. El sueño me tenía totalmente alejado del mundo. De repente, los ruidos del exterior me hicieron despertar creyendo que el amanecer ya había llegado.

Todavía atontado y refunfuñando me extrañó oír tantas voces. La pequeña ventanilla de mi habitación me señalaba obstinadamente que aún era de noche. Pero entonces . . . ¿qué ocurría?

Decidí prestar atención, recostado en mi cama, a lo que aquellas voces querían decir:

—Sí señora, era la voz de Pepe que gritaba: ya está cerrado el zaguán. . .

Qué bueno —vaya, ésta es la voz de mi madre, pensé—, así ya no podrá salir. . . hablenle a la patrulla. . .

Al escuchar la última frase mi extrañeza no tuvo límite. ¿La patrulla? Mi mente descubría que algo raro estaba pasando. Pero, más me sorprendí, al grado de despertar completamente, cuando la vecina de la planta baja gritó en forma desesperada el nombre de su sirvienta: ¡Juanita, Juanita!

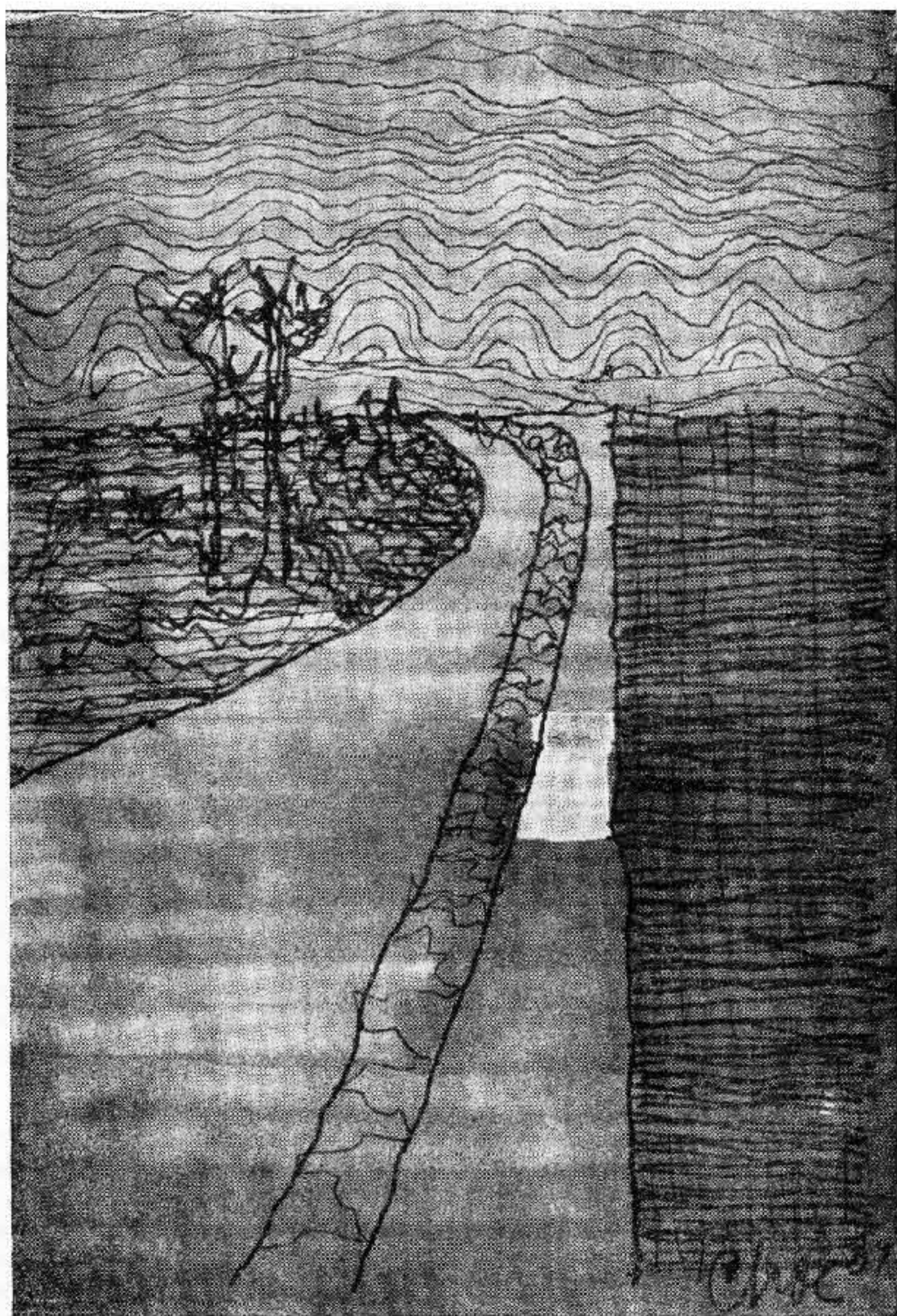
El sitio de tales acontecimientos es un edificio poco más o menos moderno y habitan en él toda clase de gente. Tiene en el centro un patio al cual dan todas las puertas y ventanas. No hay lugar que pueda salvarse de las miradas de cualquiera de los vecinos. Ocasionalmente suelen ocurrir cosas que alarman a todos los que allí viven. Recuerdo, por ejemplo, la noche en que un sujeto, con intenciones seguramente de robar, quiso penetrar al departamento nada menos que de don Radamés —funcionario público a quien le entusiasma presumir su pistola— y, ¡pobre ratero! recibió un susto que, yo creo, jamás olvidará. Don Radamés, sin siquiera levantarse de su cama, al oír que forzaban su puerta, disparó tres salvas; haciendo correr al sujeto ese a tal velocidad que, en menos de dos segundos, trepó los dos pisos de la vecindad, causando el azoro de los silenciosos y precavidos vecinos, quienes, al oír los tres tiros, sigilosamente cubrieron sus puestos de observación en las ventanas; para percatarse de lo que ocurría. . . pero en silencio.

¿Sería algo similar lo que ahora estaba sucediendo?

En otra ocasión hubo un terrible acontecimiento. Fue también una madrugada, cuando un demente —“el mariguano” fue el nombre que la fraternal vecina le dio— penetró al edificio y destrozó ventanas; según recuerdo fueron tres, y atacó, a través de la ventanilla, a la mujer que ocupaba la habitación ubicada en el segundo piso, la que ahora me pertenece; pues ella, al asomarse, fue descubierta por el ogro. Mi padre, asustado por los gritos salió calientemente en calzoncillos, de la casa; le gritó al sujeto aquel y éste huyó despavorido. Transcurridos algunos minutos saltaron al patio todos los vecinos con la firme intención de atrapar al culpable. ¡Extraordinario valor! El villano ya estaría a doscientas cuerdas, poco más o menos. No salieron antes porque primero se debían cerciorar, a través de las rendijas, de la talla del atacante. . .

¿Sería acaso otro “mariguano” lo que había en las afueras de mi cuarto? . . .

Quizá lo que ocurría, y esto era más probable, era que cierto joven, recién llegado al paradisíaco edificio, había intentado penetrar a la casa de la señora que ahora, con desesperación, le gritaba a la sirvienta. Esta señora tiene una hija —Azucena es su nombre— en edad casadera y existía el antecedente, nada bueno por cierto, de que en la noche anterior el muchacho



Chac

había querido “platicar” con la señorita en las horas más altas de la noche, y esto sin conocerla siquiera por su nombre y cuando ya todos dormían. Para ello envió a su hermano, un chiquillo de seis años, a tocarle a la puerta y darle el mensaje del hermano mayor. Naturalmente la madre de Azucena se negó a realizar su nada casto deseo. Pero no, eso no era todo; además, y esto es más importante, al día siguiente, cuando la madre intentó reclamar, el jovencito se encrespó y le respondió con majaderías. ¡Oh!, el susto de la señora fue tremendo. Inmediatamente recabó mil informes sobre la personalidad del vecino. La conclusión resultó horrible: este jovencito era un neurótico propenso a la locura, sus actos no eran normales, su pasado oscuro, sus intenciones, bueno, sus intenciones sólo él y la señora las sabían. . . pero alguien había oído que este tipo trataría de violar a la hermosa Azucena “porque le gustaba mucho” y que “no importaba la manera como habría de hacerlo”.

Por supuesto que la señora, alarmada, puso sobre aviso a todos los vecinos que podrían, en dado caso, brindarle ayuda para proteger a su hija del truhán. Principalmente recurrió a Pepe —quien ahora hablaba del zaguán cerrado—, sus hermanos y a mí, por ser los jóvenes del lugar. . . Y en estos momentos la voz de Pepe, de nuevo, había sonado en el patio. . .

¡Claro!, esto es lo que ocurre, el tipo ese pretende o pretendió entrar a casa de Azucena y Pepe ya está defendiéndola del barabaján aquel. . .

Conforme se hacían más claros mis pensamientos y me ubicaba en el instante aquel, pude darme cuenta de que también mi padre estaba allí; en aquellos momentos hablaba a la policía y denunciaba a un hombre “que se había metido a un cuarto”. . .

—Juanita, Juanita —gritó ahora mi madre desde el segundo piso en que vivimos—, Juanita. . . ¡No contesta, ya la mató!

—Ah caray —dije—, un asesinato. En seguida me levanto. . .

—Juanita, conteste —gemía suplicante la vecina—, conteste Juanita. . .

—Salga usted —gritaba Pepe—, salga.

Juanita ocupaba un cuarto cercano a la casa de su patrona —quien ahora gritaba— y cercano, también, a la del “loco” —a quien todos temían. Era una anciana regordeta de unos sesenta años. Usaba gruesos anteojos y, casi siempre, delantal; tenía el cabello gris con prodominio del blanco; su andar correspondía al de una mujer cansada. Por extraña casualidad, era una de las poquísimas habitantes del edificio que jamás había intervenido en los asuntos de éste. Por lo tanto, nadie, o casi nadie, sabía a la hora de los gritos quién era Juanita.

Yo abrí mi cuarto y lo que vi era más o menos lo que había en mi imaginación: en el patio se hallaban Pepe, Pancho y Arnoldo, rodeando la entrada del cuarto de Juanita —con sus debidas precauciones. Claro. Alrededor de ellos, distribuidos en las ventanas, tanto de la planta baja como del primer piso, varios pares de ojos silenciosos que estudiaban el caso. En el segundo piso mi madre y otra vecina, ambas en bata, asomadas al barandal; la una gritando y otra mordiéndose las uñas. Mi padre, también en el segundo piso, hacía uso del teléfono. Al salir inquirí a mi madre sobre lo que ocurría:

—Hay un hombre metido en el cuarto de Juanita —respondió.

—Y. . . ¿quién es Juanita?

—Pues la viejita esa que trabaja en el seis.

— . . . ¿cuál? . . .

—¡Ay! después te digo. . . Juanita, Juanita conteste, conteste usted.

Miré extrañado. Casi no había luz. El hecho de que mis amigos estuviesen en el patio me incitó a bajar hasta ellos. Me envolví en mi bata. Y ya totalmente despierto, me sumé al borlote.

Conforme bajaba la escalera se aclaraba más la situación. Los hechos eran los siguientes: la madre de Azucena había oído un ruido sospechoso y, como el pánico al “loco” no la dejaba ni respirar, habíase asomado a la ventana

para descubrir qué cosa ocasionaba el ruido. De pronto vio la silueta de un hombre que se deslizaba, como sombra, por la pared. Sus ojos se agrandaron, sus manos se sobaron mutuamente, su garganta se hizo nudo y su mente acalorada se puso a crear un fantasma. La sombra, una vez frente al cuarto de Juanita, había metido la mano por la pequeña ventanilla de la puerta, abriendo ésta para penetrar. "Juanita está enferma del corazón. Un hombre la va a robar."

Inmediatamente tomó un palo largo con el extremo del cual pegó fuertemente en el techo para que los vecinos de arriba se despertaran. Pepe, que vivía en ese piso, efectivamente se despertó, lanzó un grito de alarma en su casa creyendo que el loco quería aprovecharse de Azucena.

En el departamento de Pepe la agitación comenzó a volverse mayúscula. El abuelo, sobresaltado, arrojó lejos de sí las cobijas; pegó un salto, tomó una pistola de juguete que halló a la mano, y, cuando ya se disponía a salir, lo detuvo inmediatamente su esposa, para recordarle que, no obstante la situación, debía de ponerse, cuando menos, los calzoncillos. El abuelo apenado, regresó a su habitación a colocarse algunas prendas.

Mientras Pepe y sus dos hermanos llegaban hasta la ventana de Azucena para saber de qué se quejaban ella y su mamá, esta última, casi a gritos, explicó la situación. Al concluir de referirles lo de la sombra en el cuarto de Juanita, inició sus gritos tanto a los vecinos como a Juanita. Ya después, el escándalo se generalizó. Mi madre contribuyó con más gritos; otros vecinos, con rumores y ruidos de las ventanas que abrían; se llamó a la patrulla y el susto cundió.

Bajo estas circunstancias aparecí yo también.

Cuando hube llegado al patio interrogué a mis amigos; dos de ellos me respondieron temerosamente:

—Parece que hay "un cuate" allí...

—¿Quién es?

—Pues quién sabe... parece que se metió...

—¿No es el loco?

—Yo creo que sí.

Luego me dirigí a Pepe que ya había adoptado una pose fiera y parecía dispuesto a sacrificar su vida para rescatar a las damas de la villanía de la sombra. Le pregunté, también a él, que qué pasaba; por toda respuesta me mostró un gigantesco cuchillo de cocina. ¡Ah caray! fue mi exclamación.

Entre temeroso y burlesco, quise acercarme a la puerta siniestra del cuarto de Juanita. No hube dado dos pasos, cuando un estridente grito me detuvo:

—No Jorge. No vayas...

—¡Ay!... ¿quién me habla?

—Aquí. Ven Jorgito ven.

Las voces —ya eran dos— salían de la ventana de Azucena. Me llamaban insistentemente. En seguida me dirigí hacia allí.

—Buenos días Azucena. Buenos días señora.

—Ay Jorgito, no te acerques. Te puede matar.

—¿Quién?...

—Ese hombre que está allí metido.

—¿Quién es?

—Pues quién sabe, pero a lo mejor es el loco...

—Y ¿qué está haciendo allí?

—Es que, seguramente, no pudo entra aquí y se metió allí para robarle a Juanita.

—¡Ah caray!

—Ay Jorgito, debías pedirle su pistola a don Radamés...

—No señora... no lo creo necesario... ¿para qué?

—Ay, háblale a Librado...

—¿A Librado?

—Si, él sí nos puede ayudar.

—Bueno, pues voy a ver. . .

Librado es un hombre humilde. Un campesino huído a la ciudad. Su afición más practicada es "la toma del pulque". Era, lógico es suponerlo, el animal de carga de los vecinos. Todos lo usaban para actividades pesadas; al fin y al cabo, por unos cuantos centavos, tranquilizaban su conciencia; si es que llegaban a comprender que lo explotaban. Como albañil era famoso en el edificio y como borracho también. Cuando llegaba beodo —casi a diario— no subía siquiera los dos pisos que lo separaban de su cuartucho; se quedaba a dormir en un baño-covacha público (para uso de los vecinos) contiguo al cuarto de Juanita.

Hacia el baño-covacha me dirigí. Librado no estaba y supusimos todos que se encontraba en su cuarto, arriba. Ya alguien iba a ir a buscarlo, cuando la chapa del cuarto de Juanita sonó. De inmediato se hizo el silencio. La chapa volvió a sonar. En esta segunda vez Pancho y Arnoldo corrieron miedosos hacia la escalera. Las gentes de arriba aguzaron la mirada. Las de abajo se ocultaron tras las cortinas. Azucena y su madre gritaron. Pepe se puso en guardia con el cuchillo empuñado; y yo, a falta de protección, me coloqué detrás de Pepe.

La chapa volvió a sonar. La tensión creció: ¿aparecería un criminal? ¿Sería el loco? . . . Todos estábamos en un agobiante suspenso: ¿nos atacaría? ¿Cómo sería el asesino?

La chapa sonó una vez más y entonces la puerta se abrió. Apareció la silueta de un hombre con sombrero de paja. La exclamación fue un general: "Oh."

Pepe, haciendo alarde de valor, se dirigió al sujeto en tono bastante bravo: "ey quién es usted." La sombra dio un paso al frente quedando en el umbral sin contestar. Los gritos de "asesino", "quién es", "cuidado" . . . se dejaron escuchar por todo el vecindario. De pronto la sombra contestó un "qué pasa" nervioso y casi altanero. Pepe volvió a insistir.

—¡Salga! ¿Quién es usted?

—¡Qué pasa! —Fue la respuesta.

—Camine . . . ¿quién es? . . . ¡Librado!

Desde arriba se oyó un grito de: "quién es", que recibió la respuesta debida: "Librado." Los ecos humanos fueron creciendo, semejantes a las ondas que forma el agua tranquila cuando una piedra interrumpe su preciosa paz: Librado, Librado, Librado, Librado . . .

El pobre hombre cubrió su rostro con su maltrecho sombrero de paja. Con la cabeza gacha y paso avergonzado se dirigió hacia su refugio más próximo: el baño-covacha.

El silencio, por extrañeza, se apoderó del edificio por unos instantes. Sin embargo, alguien reaccionó y preguntó "¿Y Juanita?" Era verdad. Con la conmoción se había olvidado a la viejita, Pepe y yo nos dirigimos a su cuarto y encendimos la luz. La buena señora dormía —mejor dicho, fingía dormir— plácidamente. La sorpresa fue, por lo tanto, mayor. Pepe se acercó a su lecho y le habló sin obtener respuesta; después la movió, con igual resultado; por último, levantó las cobijas que se hallaban en el suelo y nos retiramos. . . No quiso despertar.

Ya resuelto el caso, hubo un silencio absoluto. La sorpresa, lo extraño y cómico del acontecimiento no dejó hablar a nadie. Y así llegué a mi casa. Mi padre reía y sólo comentó "Hombre, ya ni 'eso' los dejan hacer tranquilos."

Al día siguiente, una señora se dirigió a Juanita y le preguntó:

—¿Cómo está usted?

—Ay señora, estoy bien apenada. Fíjese que anoche el albañil se metió a mi cuarto y yo ni siquiera me di cuenta. Me ha convertido en el hazmerreír del edificio.